

Contemporánea

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

**DORIS  
LESSING**

**Un paseo  
por la  
sombra**

DEBOLSILLO



## Índice

Cubierta

Un paseo por la sombra

DENBIGH ROAD W11

CHURCH STREET, KENSINGTON W8

WARWICK ROAD SW5

LANGHAM STREET W1

Notas

Créditos

Las personas, individualmente y en grupo, tienen que tomar conciencia de que en realidad no pueden reformar la sociedad ni relacionarse con los otros como seres razonables a no ser que cada individuo haya aprendido a delimitar y a tener en cuenta las diferentes pautas de las instituciones coactivas que le rigen, sean o no oficiales. Poco importa lo que le dicte la razón; reincidirá siempre en la obediencia a la entidad coactiva mientras lleve dentro de sí sus pautas.

IDRIES SHAH, *Caravana de sueños*

*I used to walk in the shade  
My blues on parade  
Now this rover  
Crossed over  
To the sunny side of the street.*

«On the Sunny Side of the Street»,  
SAPHIRO, BERNSTEIN & CO.

[«Solía caminar por la sombra  
paseando mi tristeza.  
Ahora este caminante  
ha cruzado al lado  
soleado de la calle.»]

DENBIGH ROAD  
W11

Desde lo alto de aquel barco inmenso alcé a mi hijo y le dije: «¿Ves? Esto es Londres». El Dockland: ensenadas y canales fangosos, vigas y portones de madera medio podrida, grúas, remolques, barcos grandes y pequeños. El niño debía de pensar que aquellos barcos, las grúas y el agua eran Ciudad del Cabo, que ahora se llamaba Londres. Por lo que a mí respecta, el auténtico Londres estaba aún por llegar, igual que el inicio de mi vida verdadera, que habría tenido lugar años atrás si la guerra no me hubiera impedido venir a Londres. Borrón y cuenta nueva, otra página, todo estaba por ocurrir aún.

Me sentía llena de confianza y optimismo, aunque mi capital era mínimo: bastante menos de ciento cincuenta libras, el manuscrito de mi primera novela, *Canta la hierba*, adquirida por un editor de Johannesburgo que no me ocultó que tardaría mucho tiempo en publicarla porque era demasiado subversiva, y unos cuantos relatos breves. Llevaba un par de baúles llenos de libros, de los que había sido incapaz de separarme, un poco de ropa y algunas joyas insignificantes. Había rechazado las pequeñas sumas de dinero que me ofrecía mi madre porque ella también andaba justa y, además, porque lo que constituía la esencia de este viaje era precisamente alejarme de ella, de la familia y de aquel país tan terriblemente provinciano, Rodesia del Sur, donde si por azar surgía una conversación seria, esta giraba, siempre, en torno a la segregación racial y la incapacidad de los negros. Ahora era libre. Por fin podía ser totalmente yo misma. Me sentía independiente y dueña de mis actos. ¿Acaso estoy describiendo a una adolescente? No, pues rondaba los treinta y llevaba dos matrimonios a mis espaldas, aunque no tenía la sensación de haber estado casada nunca.

Además estaba agotada, porque el niño, de dos años y medio, durante el mes del viaje cada día se despertaba a las cinco con gritos de deleite por el nuevo día y se dormía a regañadientes a las diez de la noche. Entretanto, no paraba quieto ni un instante, excepto cuando le narraba cuentos y le cantaba canciones infantiles,

lo cual hacía durante cuatro o cinco horas al día. Se lo había pasado de maravilla.

También me asaltaron aquellos pensamientos —tal vez sería más acertado decir sensaciones— que turban la llegada de todo viajero procedente de África del Sur cuando ve por vez primera unos hombres blancos descargando un barco y realizando esfuerzos físicos, pues allí era tarea de los negros. Muchos blancos, al ver a otros de su raza trabajando como negros, se sentían inquietos y amenazados; para mí, la situación era más compleja. Aquellos hombres eran trabajadores, pertenecían a la clase obrera, y en aquel tiempo yo creía que la lógica de la historia conducía inexorablemente a que ellos fuesen los herederos de la tierra. Ellos, aquellos mozos robustos y musculosos que estaban ahí abajo, y, naturalmente, las personas como yo, éramos la vanguardia de la clase obrera. No intento ridiculizar nada con estas palabras, sería poco honesto. Millones, por no decir miles de millones de personas, pensaban así y utilizaban este lenguaje.

Tengo excesivo material para este segundo volumen. No hay nada tan aburrido como un libro de memorias excesivamente largo. Una pequeña obra llamada *En busca de un inglés*, que escribí poco después, ahondaba con más detalle en aquellos primeros meses en Londres. Inmediatamente surgieron los problemas, problemas literarios. Lo que digo en él es totalmente auténtico. Hubo que modificar un par de personajes por razones de difamación y ahora ocurriría lo mismo. Pero aunque el libro es «auténtico», no hay duda que si lo escribiera ahora lo sería mucho más. Es una cuestión de tono, lo cual tiene su importancia. Este librito es más bien como una novela; tiene su forma y su ritmo. Está demasiado bien diseñado para ser una descripción de la vida real. Pero por lo menos en un aspecto es exacto: cuando regresé a Londres recuperé la manera infantil de ver y percibir las cosas. Cada persona, edificio, autobús o calle me producía un impacto en los sentidos similar a la espantosa inmediatez de la vida del niño, todo de un tamaño excesivo, muy claro, muy oscuro, oloroso, ruidoso. Ahora no percibo Londres de la misma ma-

nera. Aquella era una ciudad de una exageración dickensiana. No digo que viera Londres como a través de un velo de Dickens, pero sí que compartía su visión grotesca, al borde de lo surreal.

Aquel Londres de finales de los cuarenta y principios de los cincuenta se ha desvanecido y ahora cuesta creer que haya existido alguna vez. Despintado, con los edificios sucios, llenos de grietas, grietas y deslucidos; deteriorado por la guerra, con zonas totalmente en ruinas que albergaban bajo el suelo agujeros llenos de agua sucia donde en otros tiempos hubo sótanos, sometido a repentinas humaredas oscuras (esto sucedía antes de la ley de protección del medio ambiente). Nadie que solo haya conocido esta ciudad de edificios limpios y cuidados, cafeterías y restaurantes repletos, buena comida y buen café, calles invadidas sobre todo por jóvenes que se divierten hasta pasada la medianoche, puede imaginar cómo era Londres entonces. Ni cafeterías ni buenos restaurantes; la ropa fea y deprimente, aún con la «austeridad» propia de la guerra. A las diez todo el mundo estaba en casa y las calles quedaban desiertas. Los comedores sociales, subvencionados durante la guerra, a menudo eran los únicos lugares del barrio donde se podía comer. Servían buena carne, unas verduras pésimas y papillas para los niños. Los restaurantes Lyons eran la aspiración máxima para la gente corriente (recuerdo el pescado con patatas fritas y los huevos escalfados sobre una tostada). Había buenos establecimientos para la gente adinerada, que intentaban pasar desapercibidos por la vergüenza de que en ellos, durante la guerra, los rigores del racionamiento resultaban muy mitigados. Era imposible conseguir un café decente en todo el territorio de las islas Británicas. La única distracción civilizada eran los pubs, pero cerraban a las once y para ir a tales locales hace falta un temperamento especial. O mejor dicho, hacía falta, porque ahora son tan distintos que el forastero ya no tiene la sensación de entrar en un club privado, cada uno con sus socios o clientela fija y donde un extraño se siente incómodo. Aún estaba vigente el racionamiento. Todas las conversaciones acababan por versar sobre la



guerra, como un animal que se lame la herida. Había cautela, había lasitud.

La noche de fin de año de 1950 me llamó un americano del mundo editorial para invitarme a pasar la velada juntos. Vestida con mis mejores galas, me reuní con él a las seis en Leicester Square. Esperábamos encontrar una multitud enardecida, pero las calles estaban desiertas. Pasamos una hora en un pub, pero nos sentíamos desplazados y decidimos buscar un restaurante. Había algunos muy caros, que no podíamos permitirnos, pero no existía ninguno de los que ahora son tan corrientes: chinos, indios, italianos y de muchas otras nacionalidades. Los grandes hoteles estaban repletos. Anduvimos calle arriba y calle abajo, una y otra vez, por el Soho y alrededor de Piccadilly. Todo estaba oscuro y vacío. Finalmente dijo: Al diablo con todo, vamos a pasarlo en grande. Un taxista nos llevó hasta un club de Mayfair y allí contemplamos cómo los cachorros de los pijos londinenses se emborrachaban y se arrojaban pan los unos a los otros.

Pero al final de la década ya existían cafeterías y buenos helados gracias a los italianos, y también restaurantes indios económicos. La ropa era de colores vivos, barata e irrespetuosa. Londres volvía a tener las fachadas pintadas y era una ciudad alegre, la destrucción causada por las bombas había desaparecido en su mayor parte y, por encima de todo, surgía una nueva generación a la que no habían fatigado con la guerra. No hablaba de ella ni tampoco pensaba en ella.

Mi primera residencia fue en Bayswater, un barrio bastante degradado por aquel entonces y difícilmente comparable a su esplendor de otras épocas. Al atardecer las prostitutas se alineaban en las aceras. Me había tocado compartir el piso con una mujer sudafricana que tenía un niño. Narré aquella experiencia tan poco satisfactoria en mi obra *En busca de un inglés*. El piso donde vivíamos era grande y estaba bien amueblado. Cuando descubrí que dos de las habitaciones estaban alquiladas a unas prostitutas —al principio no me di cuenta de quiénes eran aquellas chicas vestidas a la moda que

subían y bajaban las escaleras con hombres—, y me encaré con la mujer sudafricana porque no consideraba que fuera bueno para los dos niños, se echó a llorar y me acusó de poco compasiva.

Pasé seis meses buscando otra casa en la que aceptaran a un niño pequeño. Sufríamos una ola de calor y me costaba entender por qué la gente se quejaba del clima inglés. Mis pies sucumbían a la elevada temperatura del pavimento y mi moral a punto estuvo de hacer lo mismo, pero finalmente unos italianos que regentaban una casa de huéspedes aceptaron hospedarnos al niño y a mí, y resolví el problema principal. Era en Denbigh Road. A Peter le admitieron en una escuela de párvulos pública. Las circunstancias le habían enseñado desde muy pequeño a ser sociable, y se mostraba encantado. Cuando volvía de la escuela, desaparecía inmediatamente en el sótano, donde había una niña de su edad. Aquella casa sucia, sombría y castigada por la guerra que a mí me resultaba tan deprimente, para él era un lugar feliz.

Al principio vivíamos, literalmente, en una buhardilla, tan pequeña que ni siquiera me permitía desenfundar la máquina de escribir. Mandé algunos relatos al agente Curtis Brown, elegido al azar en las páginas del anuario de escritores y artistas, y Juliet O’Hea me contestó con una carta que más tarde supe que era un formulario. Muy bien, pero ¿tenía ya una novela o me disponía a escribir una? Respondí que ya la había escrito, pero que la había adquirido un editor de Johannesburgo. Insistió en ver el contrato y cuando lo leyó reaccionó con sorpresa e irritación: se quedaban con el cincuenta por ciento de los beneficios para compensar el riesgo de editar un libro tan peligroso. Les mandó un telegrama amenazándoles con denunciarles por estafadores si no me liberaban del compromiso, y aquel mismo fin de semana vendieron el libro a Michael Joseph.

Pamela Hansford Johnson, la lectora de la editorial, escribió un informe entusiasta pero apuntó que eran necesarios numerosos cambios. Puesto que me había pasado años escribiendo y reescribiendo el libro, no tenía ninguna intención de retocarlo, especialmente porque me había fracturado el hombro. ¿Cómo? Puede considerarse

poco menos que un acontecimiento psicológicamente significativo. Había ido a Leicester Square a ver *Les enfants du paradis* con un joven. Habíamos estado románticamente enamorados cuando él estaba en la RAF de Rodesia, pero nuestras vidas habían seguido un curso dramáticamente distinto: él iba a ingresar en la Federación de la Industria Británica y yo era todavía (aunque con cierta inquietud) roja, por más que no militaba en el Partido. Salí del cine y fui a pisar directamente el pavimento resbaladizo de alquitrán recién pintado por un operario que me riñó por no mirar dónde ponía los pies. Gottfried había llegado a Londres, donde pensaba quedarse a vivir, y se alojaba en casa de Dorothy Schwartz, de Salisbury, en un piso grande cercano a la estación de metro de Belsize Park. Se quedó con Peter las seis semanas que tardé en recuperarme del hombro.

La perspectiva del tiempo ha conferido un tono despreocupado a los recuerdos de aquella época que, aunque difícil, superé airosamente. Esta breve escena ofrece una imagen bien distinta: Estoy en el andén de la estación de metro de Queensway. Llevo el brazo izquierdo en cabestrillo y una chaqueta de lana amarilla abrochada por encima. Uno de los botones salta disparado, una corriente de aire me levanta la chaqueta por encima del hombro izquierdo y me quedo a la vista de todos en sujetador. En Londres, uno podía andar desnudo por Oxford Street sin merecer apenas una mirada, así que la vergüenza que siento es innecesaria. Intento cubrirme en vano. Una mujer surge de entre la multitud, hace que me vuelva hacia ella, se saca un gran imperdible del bolsillo y sujeta la chaqueta al cabestrillo. Luego se queda observando mi expresión. «Fractura, ¿eh? Tiene para cuarenta y dos días o seis semanas, lo que le parezca más corto.» Me quedo sin habla. «Anímese, podría haber sido peor.» «Esto es lo peor que puede ocurrirme», logro decir. Ella se ríe con aquella carcajada ronca, anárquica, como diciendo «pues qué esperabas», de la que aún son capaces aquellos que han sobrevivido a un gran bombardeo.

«¿Ah, sí? ¿Esto es lo peor que se ve capaz de afrontar?» Me da unas palmaditas de ánimo, me empuja suavemente hacia el vagón y

me ayuda a entrar. «Ahora vaya a tomarse una buena taza de té y levante el ánimo», oigo mientras se cierran las puertas.

Devolví *Canta la hierba* a Michael Joseph en el paquete tal cual me había llegado y recibí una carta de felicitación por los cambios efectuados. Nunca les confesé la verdad.

Al poco tiempo me llamaron de Alfred Knopf, Nueva York, diciendo que se quedaban el libro si lo modificaba de manera que hubiera una violación explícita, «en consonancia con las costumbres del país». Quien hablaba era Blanche Knopf, y los Knopf eran las estrellas del firmamento editorial en aquella época. Me puse furiosa. ¿Qué sabría ella de las «costumbres» de Sudáfrica? Además, era una estupidez. El tema central de *Canta la hierba* eran los tácitos y tortuosos códigos de comportamiento de los blancos, nunca expresados, siempre sobreentendidos, y la relación entre Mary Turner, la mujer blanca, y Moses, el hombre negro, estaba descrita de modo que no resultase nada explícita. Ello se debía solo en parte al instinto literario. La verdad es que nunca he llegado a decidir si Mary se acostaba con Moses o no. Unas veces me inclino por una versión y otras veces por otra. Cuando era una realidad cotidiana que los hombres blancos practicaban el sexo con las mujeres negras, y la comunidad de color, cada vez más numerosa, estaba allí para demostrarlo, solo una vez oí hablar de una mujer blanca que hubiera tenido relaciones con su criado negro. El castigo, para el hombre, fue la horca. Además, los tabúes eran muy fuertes. Si Mary Turner hubiera hecho el amor con Moses, la pobre mujer, que tan precariamente se aferraba al concepto que tenía de sí misma de gran dama blanca, se habría roto en mil pedazos. Sí, pero ella ya estaba rota; estaba loca, sí, pero habría enloquecido de una manera distinta. Solo decirlo y se me aparecen las frases y las palabras que describirían esta otra locura distinta. No, decididamente creo que no lo hizo. Cuando escribí el libro estaba convencida de ello. El episodio que originó esta historia fue el siguiente: oí que en el porche tenía lugar una conversación despectiva y llena de inquietud acerca de la mujer de un granjero vecino que «permitía que su cocinero le abotonase

el vestido por la espalda y le cepillara el pelo». Mi padre lo describió, correctamente, creo, como el colmo del desprecio para el hombre: igual que los aristócratas, que se permitían airear cualquier comportamiento íntimo u obsceno ante los sirvientes porque no los consideraban seres humanos.

Decidí que la petición de Knopf era una hipocresía: una violación explícita causaría el impacto de la novedad, pues así estaban las cosas entonces. Respondí que no modificaría el libro. En todo momento recibí el apoyo de Juliet O'Hea; por supuesto que no debía cambiar ni una palabra si no quería, pero no estaría de más meditar su petición. «Después de todo, a veces tienen razón.» Sin embargo opinaba que esta vez se equivocaban. «No te preocupes. Si no la aceptan, te conseguiré otro editor.» De todas maneras, la aceptaron.<sup>1</sup>

Me quedaba muy poco dinero. Las ciento cincuenta libras que me había adelantado Michael Joseph habían sido engullidas por el alquiler y los gastos del parvulario. Encontré un empleo de secretaria por unas semanas, donde estaba prácticamente mano sobre mano ya que era una compañía de ingeniería nueva formada por unos jóvenes sin experiencia. Había sacado al niño del parvulario municipal y lo había matriculado en otro privado muy caro. ¿Cómo iba a pagarlo? Pero esta ha sido siempre mi actitud: primero decide que vas a hacer una cosa y luego busca la manera de pagarla. Pronto me di cuenta de que cometía una tontería. Se suponía que era escritora, y los editores me preguntaban afectuosamente qué estaba escribiendo. Pero me faltaban fuerzas para escribir. Me levantaba a las cinco con el niño, como siempre (siguió despertándose a esa hora durante años, y yo con él). Le leía algo, le contaba cuentos, le daba el desayuno, le acompañaba a la escuela en autobús y me iba a trabajar. Allí me quedaba sentada, sin hacer apenas nada, o a veces escribiendo algún relato con disimulo. La hora del almuerzo la aprovechaba para hacer la compra. A las cinco iba a recoger al niño a la escuela, regresaba en autobús y entonces empezaba para él el consabido alboroto de la tarde, abajo, mientras yo limpiaba la casa. No

se dormía hasta cerca de las nueve. Y para entonces yo estaba demasiado fatigada para trabajar.

Abandoné el empleo. Mientras tanto, la editorial me llamó (dos veces) para anunciar que se hacía una segunda impresión, y esto antes de que se publicara el libro. «Ah, muy bien», repliqué. Pensé que era algo que les ocurría a todos los escritores. Mi ignorancia era total, pero ellos creyeron que daba el éxito por asegurado.

Michael Joseph me invitó a almorzar en el Caprice, por aquel entonces el restaurante de negocios más a la moda. Había dejado la buhardilla para mudarme a la planta baja y ocupaba una habitación amplia, que en otros tiempos había sido —y volvería a ser— muy hermosa, pero que por aquel entonces estaba sucia, tenía corrientes de aire y se caldeaba con una chimenea inadecuada. Toda la casa estaba llena de grietas y goteras como consecuencia de los bombardeos. Había una habitación diminuta, donde dormía Peter. El Caprice era un lugar deslumbrante con manteles de color rosa, plata, cristal y gente bien vestida. Michael Joseph era un hombre mundano y elegante que allí se sentía como en casa; habló de Larry y Viv y dijo que era una pena que no estuvieran almorzando allí aquel día. Michael Joseph, por alguna razón declarado inútil para alistarse, había fundado la editorial durante la guerra en contra de la opinión de todo el mundo, ya que no disponía de un gran capital. La empresa salió adelante enseguida, en especial porque él había sido agente literario con Curtis Brown, y Juliet O’Hea, su buena amiga, se ocupó de que se le mandasen libros nuevos. Disfrutaba del éxito, tenía uno o dos caballos de carreras y frecuentaba los lugares más elegantes de Londres. No paró de saludar a la gente de otras mesas. «Permítame que le presente a nuestra nueva escritora. Es de África.»

Aquel almuerzo tenía sentido no solo porque se supone que a los escritores les gusta que les adulen, sino porque le interesaba que esa autora no esperase ninguna promoción de su parte. Me contó anécdotas ejemplares como la de aquel librito, *The Snow Goose*, de Paul Gallico, editado durante la guerra, que se reimprimió varias ve-

ces ya antes de su publicación solo por la publicidad boca a boca. «La promoción no tiene efecto alguno en el destino de un libro.» Todos los editores dicen lo mismo.

En algunas academias militares se propone el ejercicio siguiente: el examinando debe imaginar que es un general al mando de una división. En una zona las tropas defienden su plaza en solitario, en otra huyen derrotadas y en la tercera hacen retroceder al enemigo. Contando con recursos limitados, ¿a qué zona mandaría refuerzos? La respuesta correcta es: a la zona vencedora; el resto debe ser abandonado a su suerte. Según parece, son pocos los que aciertan la respuesta; se dejan engañar por la compasión que les despiertan los soldados con menos suerte. Lo mismo piensan los editores. A un autor conocido o de éxito se le promociona, mientras que de los desconocidos o principiantes se espera que naden o se ahoguen. Cuando el público ve el anuncio de una novela en el metro, asiste al envío de refuerzos a la zona del frente que ha puesto en fuga al enemigo. Ve cómo se crea un éxito de ventas a partir de una novela que ya es un éxito.

Inspirada por la atmósfera del *Caprice*, confesé a Michael Joseph que si había algo que me entusiasmara por encima de todas las cosas eran los *éclairs* de chocolate, y en cuanto hube llegado a mi barrio, un suntuoso coche negro se detuvo emitiendo un zumbido ante la puerta y el chófer entregó una delicada caja de color rosa. Contenía una docena de *éclairs* que pasaron a engrosar la cena familiar de la planta baja, ya de por sí abundante.

Nada de lo experimentado en aquella casa de huéspedes tenía relación alguna con lo que cabía esperar, es decir, racionamiento, una subsistencia austera, casi inanición. Yo había mandado paquetes de comida a Gran Bretaña. La dueña de la casa, italiana, era una de las mejores cocineras del mundo, aunque sospecho que no había visto un libro de recetas en su vida. Llevaba seis cartillas de racionamiento a una tienda de Westbourne Grove, por aquel entonces una callejuela de mala muerte, pero siempre obtenía una cantidad tres o cuatro veces superior de mantequilla, huevos, tocino,